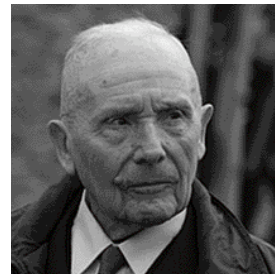


La página viva

De Julien Gracq y las ardillas

José de la Colina



Squirrel watching: *mi observatorio favorito es un breñoso montecillo de arena encima de un charco que arropado por las hojas sobrevive al verano ya ido. Veo a las ardillas bajar de un árbol y deslizarse bajo un zarzal y me pregunto si beben, pues en este bosque de arenal en el que pululan no hay un depósito de agua fijo. Desde que me tendí entre las agujas de pino, el silencio y la quietud me rodean durante muchos minutos. Esto en principio me desanimaría si no percibiera que la defensa de la ardilla alarmada nunca es huir, sino inmovilizarse donde está y fingirse muerta. Hay que orientar el oído más que aguzar la mirada. El primer signo de presencia es un rechinar de dientes en una piña de pino, audible a cincuenta metros, que la mirada, orientada por fin, confirmará por la caída intermitente de las cáscaras que, una a una, descienden al suelo girando como las hélices de las semillas del arce. Por un largo momento es poca la diversión que podemos esperar del estilista que come solitario: emplea en ello cerca de media hora y sólo un pánico súbito puede hacerle soltar la granada verde, que cae y percute pesadamente en el suelo arenoso. Luego, desde ninguna parte arriba de nuestra cabeza, una ardilla aparece en el ramaje como el gato de Alice. La mecánica de la ardilla desconoce la lentitud; su vida en el tiempo parece consistir en una serie de sacudidas galvánicas que de golpe disparan todos sus resortes y cortan largos momentos de inmovilidad expectante. Muy pronto se animan las cimas de los pinos; hay un extremo contraste entre la agilidad sin peso de estos animales aéreos, que parecen flotar un momento entre dos ramas, como una boa de plumas sobre las almohadas del aire, y el volumen sonoro que pueblan sus dientes*

perpetuamente roedores y el chasquido casi metálico de sus garras en la corteza de los pinos. ¿Son pendencieras o juguetonas? En cualquier caso, el encuentro de dos ardillas en un mismo pino suele desatar una persecución desenfrenada, espectacular, cuyo número final es correr en espiral en torno al tronco, desde la cima hasta el suelo, a toda velocidad y con la nariz de una tras la cola de la otra. Un día en Madison vi a las ardillas norteamericanas, un poco mayores que las nuestras, de cola más frondosa, de un gris-plata, jugar al salto de burro entre la hierba. En Capitol Square, cuando, sentado yo en una banca, les ofrecía cacahuates, venían saltando por el prado; a veces hasta se permitían comer de mi mano y un día sentí los afilados dientecllos en la yema de un dedo.

Las ardillas son en este bosque los únicos signos de vida, y sus silencios y correteos a pleno sol me asombran tanto que dejo de andar para admirarlos. Vida separada, compartimentada, que no entra en simbiosis con ninguna otra y flota en un espacio silvestre despoblado e inmenso en comparación con ellas. Cuando sorprendo su leve clic-clac en medio del silencio, pienso que son guías de pioneros que incursionan en algún Far-West boscoso. La ardilla nunca tiene el aire de “estar en casa”, sino de patrullar saltando en las ramas superiores. Como un guía de pioneros en avanzada, se detiene, yergue la cabeza, interroga las encrucijadas del aire y parece avizorar y abrir el camino a una tropilla precavida que tomará posesión del bosque como de una tierra virgen.

(Julien Gracq, *Carnets du grand chemin*, 1992. Traducción de José de la Colina).

El escritor francés Julien Gracq (seudónimo literario de Louis Poirier, 1910-2007), formado en lecturas de Balzac, Stendhal, Proust, Breton, de los novelistas ingleses del siglo XIX y los románticos alemanes, fervoroso oyente de Mozart, Wagner y Verdi, “compañero de ruta”, cuando joven, del movimiento surrealista, del que seguiría siendo lateral simpatizante durante el resto de su vida, ha escrito novelas de acción más íntima que aparente, escritas como largos poemas en prosa narrativa (*El castillo de Argol*, *El mar de las Sirtes*, *Un balcón en el bosque*), un afilado panfleto sobre el abusivo marketing literario y editorial en la cultura francesa del siglo: *La literatura al estómago*, un apasionado ensayo-homenaje a la persona y la obra de André Breton y misceláneos libros de apuntes en los que alternativamente lee y relea las literaturas de otros y estos tiempos y ve, revé, recrea los menos frecuentados paisajes, ciudades, campos y pueblos de Francia y Europa (*Lettrines*, *Carnets du grand chemin*, *En lisant*, *en écrivant*).

Sintiendo, como ha dicho en alguna parte, que “hay demasiadas manos para transformar el mundo y tan pocas miradas para contemplarlo”, Gracq, en esta página de escritura a la vez fijadora y fluida, que se diría hermana de las dedicadas por Juan de Yepes a las maravillas del mundo vistas como páginas de un libro de Dios, observa fascinado, desde el corazón de un bosque, el veloz zigzag de las ardillas en la tierra, entre la hierba, en el ramaje y en el aire y la luz, y lo traslada a una precisa tela sintáctica. **U**